



# Trabajos de amor ensangrentados



Edmund Crispin

Traducción del inglés a cargo de  
José C. Vales



IMPEDIMENTA



Título original: *Love Lies Bleeding*

Primera edición en Impedimenta: febrero de 2014

*Love Lies Bleeding* © 1948 Rights Limited

All rights reserved.

Copyright © Rights Limited 2014

Copyright de la traducción © José C. Vales, 2014

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2014

Benito Gutiérrez, 8. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

ISBN: 978-84-15578-96-3

Depósito Legal: M-2590-2014

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## *Dedicado al Carr Club<sup>1</sup>*

1. Se trata del club fundado en diciembre 1944, en un bar de Oxford, en honor del afamado novelista americano de crimen y misterio John Dickson Carr (1906–1977). El nombre oficial debía de ser en realidad The Carr Society, y lo componían solo cuatro amigos que solían reunirse en un pub: uno de ellos proponía un «caso» y los demás intentaban esclarecerlo mediante deducciones e hipótesis. David Whittle, biógrafo de Bruce Montgomery, no especifica quiénes eran los otros tres miembros de la sociedad. Se asegura que el propio J. D. Carr acudió a una misteriosa cita propuesta por los miembros de la sociedad en un pub de Ockley, en Surrey, para alegría y regocijo de aquellos amantes del misterio y la investigación criminal. *(Todas las notas son del traductor)*.



## 1. LASCIVA PUELLA

El director dejó escapar un suspiro. Estaba dispuesto a reconocer que era un gesto lastimero y poco varonil, pero en aquel momento se sintió incapaz de reprimirse. Y esbozó una disculpa.

—Este calor... —dijo a modo de explicación, y agitó la mano lánguidamente en dirección a las ventanas: al otro lado de los cristales una considerable extensión de césped se agostaba al sol de media mañana—. Es este calor...

Como excusa, resultaba poco creíble. El día había amanecido tórrido, casi tropical, e incluso en aquel despacho sombrío, de techos altos, con las cortinas medio corridas para evitar que a los tejidos y las maderas les diera el sol, la atmósfera era demasiado opresiva como para que nadie pudiera sentirse cómodo. Pero el director hablaba sin convicción y su visita no se dejó engañar.

—Siento incomodarle con mis asuntos —dijo la mujer en tono cortante—. Me hago cargo de que preferiría ocupar su

tiempo preparando la jornada de entrega de premios y diplomas. Por desgracia, no he tenido opción en este caso... Los padres están insistiendo en que se lleve a cabo algún tipo de investigación y...

El director asintió con gesto sombrío. Era un individuo bajito, enclenque, de unos cincuenta años, barbilampiño, y con una nariz larga e inquisitiva, un pelo negro que comenzaba a escasear y un engañoso semblante que traslucía apatía y despiste.

—Los padres..., los padres tenían que ser —dijo—. Una gran parte del tiempo que pierde uno en este trabajo se emplea en disipar los ingenuos terrores de los padres...

—Solo que, en este caso —contestó su visita, decidida a no ceder en el asunto que se traía entre manos—, parece que sí que ha ocurrido algo en realidad.

Desde el otro lado del escritorio, el director la observó con un gesto de grave pesadumbre. Siempre le parecía que la eficaz laboriosidad de la señorita Parry resultaba una pizca abrumadora. Tras aquella señorita Parry, ordenadas en implacables filas marciales, le pareció ver a todas esas mujeres de mediana edad, audaces, osadas, competentes, típicas de los estratos más altos de la burguesía inglesa, a quienes parece que no les interesa otra cosa en el mundo que organizar mercadillos de caridad, visitar a los enfermos y menesterosos, adiestrar a la juvenil servidumbre, y entregarse con fervor implacable a la jardinería. Alguna jugarreta del destino en la que nunca había tenido intención de indagar había impelido en algún momento a la señorita Parry a abandonar esa esfera social para buscar cómo ganarse la vida, pero de todos modos aquel ambiente seguía intuyéndose a su alrededor, como un aura intangible; y sin duda, el modo como llevaba la dirección del Instituto Castrevenford para chicas parecía confirmar esa opinión, más

que contradecirla... El director, circunspecto, comenzó a cebar su pipa.

—¿Ah, sí? —dijo sin mucho interés.

—Información, doctor Stanford. Lo que necesito sobre todo es información.

—Ah... —El director retiró algunas hilas sobrantes de tabaco que colgaban de la cazoleta de su pipa, y asintió de nuevo, esta vez con más firmeza y seriedad—. ¿Le importa si fumo? —preguntó.

—Yo también fumaré —dijo la señorita Parry con decisión. Apartó la pitillera de cigarrillos para las visitas con una implacable seguridad, aunque educadamente, y sacó de su bolso una cajetilla de cigarrillos—. Prefiero los americanos —explicó—. Les ponen menos productos químicos.

El director encendió una cerilla y le dio fuego.

—Tal vez lo mejor sería que me contara lo que sabe desde el principio —sugirió.

La señorita Parry expulsó una gran bocanada de humo, casi como si tuviera en su interior alguna especie de sustancia nociva que hubiera que expeler tan rápida y vigorosamente como le fuera posible.

—Creo que no necesito decirle que el asunto tiene que ver con la obra de teatro...

Aquella información impactó de lleno sobre la mente del director. Curiosamente, y en términos generales, era más esperanzadora de lo que cabía esperar. Desde hacía algunos años, el Instituto Castrevenford para chicas había colaborado con su correlato masculino en la preparación de una obra de teatro que se representaba el día de entrega de premios y diplomas. Era una tradición que no acarreaba más que molestias e incomodidades para todos los implicados, y la única circunstancia que mitigaba aquellas molestias era precisamen-

te que estas resultaban predecibles y discurrían por senderos suficientemente trillados como para hacerlas preocupantes. La mayoría de los conflictos tenían lugar durante los ensayos, y solían reducirse a ciertos abrazos clandestinos, más o menos consentidos, entre los miembros masculinos y femeninos del reparto: y respecto a dichos incidentes los castigos correspondientes se habían establecido desde hacía mucho tiempo y eran casi automáticos.

El director pareció animarse un poco.

—¿Entonces la chica actúa en la obra de teatro? Me temo que no he podido prestarle mucha atención este año. Se trata de *Enrique V*, ¿no es así?

—Sí. La elección de la obra no les gustó a mis muchachas. Muy pocos papeles femeninos.

—Sin duda nuestros chicos también se sintieron decepcionados..., diría que por la misma razón.

La señorita Parry dejó escapar una risita, sincera pero un tanto brusca; como si quisiera dar a entender que el sentido del humor, aunque era esencial en una conversación entre personas cultas, no tenía por qué usurpar el lugar a los asuntos de mayor importancia.

—Sí, muy enojoso para todo el mundo... —dijo la señorita Parry—. En fin, esta chica de la que le hablo interpreta el papel de Katharine. Se llama Brenda Boyce.

El director frunció el ceño mientras prendía una segunda cerilla y la acercaba a la cazoleta de su pipa.

—Boyce. ¿Es su familia de aquí? Hace un par de años tuvimos aquí a un chico con ese mismo apellido. Un muchacho bastante *sofisticado*, creo recordar.

—Sería su hermano —dijo la señorita Parry—. Desde luego toda la familia podría describirse como «sofisticada». Los padres son del tipo fiesta cara y coche cromado.



—Sí, los recuerdo... —El director depositó delicadamente la carga quemada en un cenicero montado en un elefante plateado—. Muy agradables, me parecieron... Bueno, en todo caso, eso no es relevante en estos momentos.

—En cierto sentido los padres sí que son relevantes. —La señorita Parry se recostó en su asiento y cruzó sus piernas, robustas, utilitarias y carentes de toda emoción—. Me refiero a su elegante sofisticación. Podría darnos alguna clave para desestimar según qué problemas. Brenda, como podrá imaginar por su educación, ha tenido una vida bastante *ligera* (tiene dieciséis años, por cierto, así que dejará el instituto al final del curso). Y para remate, es una niña bastante mona. De modo que muy probablemente no es de esas que se inquietan ante determinadas efusiones de..., bueno..., erotismo juvenil.

En ese momento la señorita Parry lanzó a su anfitrión una mirada de una notable severidad.

—Continúe, continúe —dijo el director. Era consciente de que la señorita Parry no necesitaba que él le dijera que siguiera porque de todos modos iba a hacerlo, pero los silencios en las conversaciones (incluso cuando se deben a la necesidad de respirar y coger aire para seguir) deben rellenarse de algún modo, tal y como exigen las leyes de la más elemental cortesía.

—Como usted sabrá —prosiguió la señorita Parry—, anoche hubo un ensayo de *Enrique V*. Fue aquí mismo, en el salón de actos. Después del ensayo, a eso de las diez y media, Brenda se fue a casa. Según nos han comentado sus padres, estaba muy rara.

—¿Rara? ¿Qué quiere decir exactamente?

—Evasiva. Nerviosa. Sí, y en cierto modo aterrorizada, también.

Se produjo un instante de silencio y ambos pudieron escuchar al secretario del director tecleando en la máquina de

escribir, en la pequeña oficina de al lado. También se oía el intermitente zumbido de las moscas golpeándose contra los cristales de la ventana. Por lo demás, reinaba un absoluto silencio.

—Ni que decir tiene —continuó la señorita Parry tras una pausa—, sus padres le preguntaron qué le ocurría. Y..., para ser concisa al respecto..., la chica no les dio ninguna explicación en absoluto. Ni a mí tampoco, cuando le pregunté esta mañana.

—¿Sus padres se lo comunicaron a usted por teléfono?

—Sí. Obviamente estaban preocupados... y eso, doctor Stanford, es lo que me preocupa a mí. Cualesquiera que sean sus defectos, no son del tipo de gente que hace una montaña de un grano de arena.

—¿Qué le dijo la chica a usted?

—Me dio a entender que sus padres se estaban imaginando cosas, y me aseguró que no había nada que explicar. Pero saltaba a la vista que la chica estaba fuera de sí. De hecho, estoy bastante segura de que estaba mintiendo. De lo contrario, no habría venido a molestarle por este asunto...

El director meditó el caso brevemente, escudriñando mientras tanto todos y cada uno de los objetos —de sobra conocidos para él— que poblaban su despacho: la mullida alfombra Aubusson de un intenso color azul, las reproducciones de Constable y Corot colgadas en las paredes, los cómodos sillones de piel y la gran mesa de madera maciza que presidía la estancia.

—Sí —murmuró pensativamente—. Ahora entiendo por qué dice que su educación familiar es relevante. Lo que usted me quiere decir, señorita Parry, es que si alguien hubiera..., en fin... —aquí vaciló—, si alguien se hubiera sobrepasado con esa joven...

Se detuvo en mitad de aquella frase y comprendió que se estaba expresando de forma meliflua y vulgar. La señorita Parry se ocupó de completar la frase.

—... no le habría causado ninguna angustia. Exactamente. De hecho, muy probablemente le habría causado *precisamente* el efecto contrario.

—Ya. —Pareció como si el director se hubiera detenido a meditar sobre aquella muestra de precocidad femenina—. Entonces, usted cree —dijo al final— que hay en juego algo más serio que eso.

La señorita Parry asintió.

—En cierto sentido.

El director la miró con aprensión; habían hablado de asuntos sexuales con anterioridad, pero en general se habían mantenido en los límites de los términos generales e hiperbólicos. En ese momento, sin embargo, se hacía necesario hablar clara y directamente.

—¿Cree usted que la engañó para...? —murmuró el director entre titubeos.

La señorita Parry replicó sin dudar.

—Eso fue lo que pensé en un primer momento —admitió, y luego se echó hacia delante con un gesto que denotaba cierta impaciencia—. Pero ahora estoy inclinada a descartarlo. ¿Me permite hablarle francamente?

—Se lo agradecería —dijo el director con generosa amabilidad. También se echó hacia delante.

La señorita Parry sonrió... y fue una pequeña sonrisita nerviosa, tan rara en ella que para el director constituyó casi una revelación; de repente se dio cuenta de que aquella mujer consideraba algunos temas un tanto comprometidos, y no por mojigatería u oscurantismo, sino porque aquella conversación suponía una verdadera derogación de los ideales reconocidos

de decencia que ella profesaba con rigor implacable. Al director le caía bien la señorita Parry y la respetaba precisamente por eso, así que le devolvió la sonrisa.

—Existen dos posibilidades —dijo la señorita Parry—. Una violación, que la muchacha no pudo evitar; o bien una seducción, de la que luego se arrepintió. —La señorita Parry titubeó—. Sé que es difícil asumir que de quien estamos hablando en estos términos es de una niña de dieciséis años —añadió—, pero no veo cómo podemos afrontarlo de otro modo... Si fue una violación, me cuesta creer que uno de sus chicos pudiera ser responsable...

—Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo —dijo el director—. Hasta donde yo sé, no conozco a ningún chico en este colegio que tuviera la sangre fría para hacer algo tan repugnante.

—Y por lo que toca al engaño... Bueno, en primer lugar, Brenda es una niña muy segura y muy consciente. Es bastante capaz de cuidar de sí misma solita. Y en segundo término...

—¿Sí?

—En segundo término..., le pregunté directamente esta misma mañana si había ocurrido algo de ese tipo. Su reacción fue de sorpresa, nada más. Y estoy seguro de que esa reacción de sorpresa era auténtica.

—Me alivia oírlo... —El director sacó un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta y se enjugó el sudor de la frente—. Pero entonces... no entiendo qué pudo poner tan nerviosa a esa chica, ni por qué se ha mostrado tan taciturna al respecto.

La señorita Parry se encogió de hombros.

—Yo tampoco. Por lo que yo puedo llegar a colegir, el sexo no tiene nada que ver aquí, y aunque hay muchas alternativas posibles, no cuento con ninguna prueba tangible en este caso.

—Entonces, ¿cómo puedo ayudarla?

—Lo único que necesito es que se determine, en tanto sea posible, que no sucedió nada impropio e indecente durante el ensayo, ni en ningún rincón de este instituto. Mi responsabilidad concluye ahí.

—Entiendo... Bueno, eso podría conseguirse fácilmente. Hablaré con Mathieson. Es él quien dirige la obra... Si quiere usted, puedo llamarlo ahora mismo. Creo que tiene clases ahora, así que podremos dar con él sin dificultad.

—No es necesario que se precipite —dijo la señorita Parry mientras se levantaba y apagaba su cigarrillo—. Seguramente todo este asunto no es más que un *ignis fatuus*. Tal vez, si pudiera telefonarme más tarde...

—Naturalmente. —El director también se había levantado. Señaló con la boquilla de la pipa una estatuilla de Afrodita que se encontraba en una mesita de palisandro, junto a la puerta—. En cierto modo me alegra que esa mujer de ahí no sea la responsable. Siempre que tenemos problemas con la obra de teatro damos por hecho que ella anda detrás.

La señorita Parry sonrió.

—Los amores platónicos, ya se sabe... —dijo.

—Los amores platónicos es mejor mantenerlos a raya hasta que los amantes platónicos abandonan el instituto —dijo el director con firmeza—. Por otra parte, una pequeña abstinencia obligatoria hace que la impresión final sea mucho más impactante y excitante... —De repente se dio cuenta de que se había olvidado de poner en práctica las obligaciones mínimas que dictaba la hospitalidad—. ¿Quiere quedarse a almorzar?

—No, gracias. Tengo que estar de vuelta antes de que concluyan las clases matinales.

—Una lástima. Pero vendrá usted... —vaciló— a la fiesta de mañana, ¿no?

—Desde luego. ¿Quién entregará los diplomas?

—Tendría que haber sido lord Washburton —dijo el director—, pero se ha puesto enfermo en el último momento. Así que no he tenido más remedio que buscar a un sustituto de última hora: un profesor de Lengua y Literatura, un conocido mío. Pensé que podía interesarle... De hecho, mi único temor es que pueda interesarle *demasiado*. No estoy muy seguro de que sea capaz de mantenerse en los límites de la estricta hipocresía que requiere el acontecimiento.

—En ese caso, no faltaré. Como sabe, suelo evitar ese tipo de ceremonias por norma.

—Ojalá yo pudiera librarme —dijo el director—. No en este caso particular, digo, sino *en general*... Bueno, en fin. Supongo que estos inconvenientes justifican las tres mil libras anuales de mi sueldo.

Acompañó a la señorita Parry a la puerta y luego regresó a estudiar la correspondencia que tenía sobre el escritorio. Una tal señora Brodribb, al parecer, tenía mucho que decir respecto al tema de los resultados del Henry's School Certificate: un asunto sobre el cual el director apenas si estaba al tanto. Iba a haber un congreso de directores al cabo de quince días. Alguien deseaba instaurar un premio para el mejor trabajo anual sobre el tema «El futuro del Imperio Británico». El director gruñó y si hubiera habido alguien en el despacho, lo habría oído. Ya había demasiados premios. Había premios de sobra. Los muchachos empleaban una gran parte de su tiempo compitiendo para ganar dichos premios, y los profesores empleaban demasiado tiempo del suyo en orientarlos y corregirlos. Desafortunadamente, el donante en esta ocasión era demasiado eminente como para ofenderlo con una negativa; el único rayo de esperanza era que con un poco de suerte podrían inducirlo a que leyera él mismo los trabajos y que él mismo se encargara de conceder el premio.

El director echó un vistazo rápido al resto de las cartas y luego las apartó. El problema de aquella *lasciva puella*, Brenda Boyce, había despertado en él una ligera curiosidad... Y puesto que tendría que enfrentarse al asunto de todos modos, lo mejor era hacerlo cuanto antes. Se acercó a un archivador de metal verde oscuro y escudriñó su contenido; los documentos revelaron que efectivamente Mathieson estaba en aquel momento dando clases de inglés a los de quinto de Lenguas Modernas. El director cogió la toga y el birrete y, metiéndoselos debajo del brazo, salió de su despacho.